

TALLERES LITERARIOS EN TUCUMÁN: UNA PRÁCTICA CREATIVA

Gloria Díaz¹

RESUMEN

El artículo propone una mirada sobre los talleres literarios en general, y en particular sobre como éstos se desarrollan en el ámbito tucumano. En el marco de sus orígenes, ubicado en los años 60 del pasado siglo, abordamos el tema como fenómeno cultural y creativo, por el cual las personas forman parte de estos espacios que están atravesados por una necesidad personal para expresarse y por una innegable inquietud por la literatura.

Palabras clave: taller literario, Tucumán, creatividad, cultura.

LITERARY WORKSHOPS IN TUCUMÁN: A CREATIVE PRACTICE

ABSTRACT

This article offers an overview of literary workshops in general, and specifically how they develop in Tucumán. Based on their origins in the 1960s, we address the topic as a cultural and creative phenomenon through which people participate in these spaces, driven by a personal need for self-expression and an undeniable interest in literature.

Keywords: literary workshop, Tucumán, creativity, culture.

INTRODUCCIÓN

Algo del espíritu de “Frankenstein” y “El vampiro”, -dos de los mayores exponentes literarios del género de terror- anida en la

¹ Licenciada en Psicología, Universidad Nacional de Tucumán. diasdegloria@gmail.com. Fecha de presentación de artículo: marzo de 2025.

formación de los talleres literarios: esos espacios de aprendizaje informal donde la gente que pretende hacer literatura, se reúne para aprender recursos y estrategias del escribir, al tiempo que va en busca de su estilo de escritura.

Allá por 1816, durante un verano que resultó inusualmente frío y lluvioso, - producto de la potente explosión del volcán Tambora, que desequilibró el clima en áreas muy extensas - un grupo de personas conocidas en los ámbitos literarios se reunió en un rincón de los Alpes suizos. Se trataba de Lord Byron, poeta inglés exponente del romanticismo de la época; John William Polidori, médico de Byron y también poeta; ambos llegados desde Inglaterra tras un obligado ostracismo social. Al lugar también arribaron Percy Shelley, Mary Godwin, futura esposa de Shelley, y Claire Clairmont, también escritores reconocidos del romanticismo.

Reunidos en Ginebra, en las proximidades del lago Leman, el grupo apostó a sus vacaciones de verano, aunque el clima no ayudó; no fue posible navegar por el lago o dar paseos al aire libre, por lo que se vieron obligados a permanecer casi todo el tiempo en el interior de sus residencias. Se instalaron, de preferencia en Villa Diodati, una ostentosa mansión rentada por Lord Byron. Se dice que estuvieron reunidos varias noches a resguardo del viento y de la lluvia, al calor de los hogares de leña.

En ese refugio pasaban las horas entre charlas y lecturas; hablaban de filosofía, de lenguas clásicas, de literatura inglesa, de los poetas románticos. Leían, más que nada, cuentos de terror, género muy del agrado de Lord Byron, quién acercó nada más y nada menos que Fantasmagoriana, una serie de relatos góticos alemanes del siglo XVIII. Esto propició la creación de una atmósfera sugerente para la creación literaria. Fue entonces que a Lord Byron se le ocurrió proponer al grupo un verdadero desafío que haría historia: cada uno de ellos escribiría un relato de miedo, un relato lo más terrorífico que su imaginación le permitiera.

Lo que comenzó como un juego confluyó en la creación de dos memorables relatos que dieron lugar a la aparición de Frankenstein y de El vampiro en la literatura gótica. Ambos relatos se publicaron años después de este “nacimiento”: el primero: Frankenstein o el moderno Prometeo, escrito por Mary Shelley, fue publicado en 1818, y El Vampiro de Jhon William Polidori, en 1819, claro precursor del célebre Drácula de Bram Stoker.

Salvando las distancias de más de dos siglos en el tiempo, y la de los actores involucrados; hoy, los talleres literarios podrían identificarse con aquella emblemática reunión porque ambos ponen, por un lado, el foco en la literatura, y por otro, el afán de escribir y de crear. Es por eso que la reunión de aspirantes a escritores plantea la posibilidad de crear literatura en grupo. En el plano de lo individual, supone la conexión del ser humano con el lenguaje y la narración como artífice de la voz propia.

En la historia de las tertulias literarias, las reuniones entre escritores para leer y compartir sus textos, existen desde siempre; en esos ámbitos prevaleció la idea de crear y experimentar con el lenguaje de forma lúdica. Tal es el caso de Oulipo, o Taller de Literatura potencial, fundado en París por Raymond Queneau, autor de “Ejercicios de estilo”, allá por 1960, modelo para posteriores talleres, y que tuvo entre sus participantes insignes nada menos que a Ítalo Calvino y Julio Cortázar. En su programa literario resulta interesante pensar la experiencia de la literatura como juego, el experimentar con las palabras, o ver cuál es la dimensión autobiográfica de cada texto; propuestas en común al estilo cortazariano.

En nuestro país, durante los años 70, afloraron los talleres literarios a partir de la idea de un grupo de alumnos de la cátedra Literatura Iberoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que dictaba el profesor Noé Jitrik, en donde los participantes trabajaban a partir de consignas.

El escritor Santiago Llach², dice que los talleres se constituyen cuando las personas se juntan a contar historias y a compartir ideas, y que eso pasa en todas las culturas. Por una necesidad de construir un hilo conductor en la historia, la sistematización de cualquier actividad humana se hace presente en consonancia con los otros.

Es por eso que en la vida cultural argentina los talleres literarios constituyen ya un fenómeno instalado de manera más o menos sistematizada alrededor de los 60 o 70 del pasado siglo; sin embargo, su existencia cobra gran vigencia en este último cuarto de siglo actual. Dada la cantidad y la variedad de estos grupos, se hace difícil una definición - si la queremos dar- de qué es un taller literario; no obstante, hay denominadores comunes que la gran mayoría identifica: el apego a la literatura y la necesidad expresiva de las personas a través de la escritura.

Es conocido por todos que Abelardo Castillo, una de las más grandes figuras de la literatura argentina, fue padre y mentor de escritores destacados que se formaron en sus míticos talleres. Liliana Heker, Alejandra Kamiya, Gabriela Saidon, Sylvia Iparraguirre, entre varios otros. Castillo creó verdaderos laboratorios de escritura en donde los participantes, a decir de Federico Bianchini, “*uno sentía que aprendía*”. Tal vez la condición más comentada de los asistentes tenga que ver con la recomendación de leer a otros; para ello Castillo daba a conocer una lista de textos en donde figuraban Horacio Quiroga, Henry Miller, Edgar Allan Poe y los clásicos griegos y latinos. A decir de los concurrentes a sus talleres, el maestro tenía “consignas claras y principios absolutos”. La consagrada Liliana Heker aprendió muy bien eso, puesto que participaría posteriormente en los suyos personas de la talla de Samanta Schweblin, Guillermo Martínez y Pablo Ramos, entre otros.

² Los testimonios que se transcriben son resultado de respuestas a una encuesta realizada en forma virtual o personal. Santiago Llach es un poeta y escritor nacido en Buenos Aires que coordina un taller, Escuela de Escritura Chasco Club.

En estos espacios de construcción permanente, para Fabián Casas, reconocido escritor de novelas y cuentos, sus talleres de escritura son todo un fenómeno en el mundo literario; dice convencido que un taller es una cancha en la que se siente alegre, que cuando un grupo se forma, se forma un círculo de hospitalidad y de alegría. Su “Taller asintomático: 16 charlas de Fabián Casas³”, acaba de publicarse como un libro colectivo que hizo un grupo de sus alumnos en el curso de la pandemia donde se utilizó el Zoom. El taller no solo está centrado en escribir, porque hay gente que no escribe y va igual; en la necesidad de estar de los asistentes se conjugan el universo personal, sus motivaciones, su sensibilidad y lo que el taller les ofrece como formador.

Al ser consultado sobre el funcionamiento de los talleres literarios, Maximiliano Tomás, escritor porteño y coordinador de alguno de ellos, dijo que un taller literario se parecía a una sesión de terapia psicoanalítica en donde algunas veces se encuentra lo que se busca; o a una terapia grupal, en donde podemos establecer, con seguridad, relaciones interesantes con los otros. Similar motivación, en cualquier lugar del mundo, tienen estos espacios dedicados a promover la creatividad y la imaginación, una guía para la necesidad expresiva. Sus talleres son un espacio de lectura y corrección de textos narrativos breves. *“Mi aspiración es poder limar los defectos y pulir las virtudes de cada integrante, de acuerdo a sus búsquedas personales. Y tratar de que al final de cada curso el alumno tenga uno o varios textos terminados para hacer lo que deseé, participar de concursos o encarar el camino de una futura publicación”*.

La provincia de Tucumán presenta un panorama muy interesante en cuanto al funcionamiento de los talleres literarios, que está caracterizado por la existencia de muchos de esos espacios conducidos

³ Fabián Andrés Casas nació en Buenos Aires (1965), es escritor, poeta y periodista, considerado uno de los más destacados de la década de los 90. Recibió en Alemania el Premio Anna Seghers. Y su obra fue traducida a varios idiomas.

algunos por conocidas figuras del mundo literario. En ese ámbito, la voz autorizada de Diego Puig⁴, joven escritor tucumano, ex tallerista devenido luego en coordinador de algunos sostiene que los talleres han sido grandes propulsores de las renovaciones literarias en Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y otros lugares más en los últimos veinticinco años. Para él, gracias a la democratización de la escritura y de la palabra, existe una proliferación de talleres de escritura y con las más diversas improntas. La demanda existe porque hay público para todo; aquel que asiste para socializar, otros llevados por el gusto de la literatura, o aquellos que pretenden escribir profesionalmente.

Estos últimos encuentran en los talleres un buen lugar para perfeccionar su escritura y procesos creativos, ganando oficio y compañeros de lectura y escritura. A veces estas razones se superponen o se tensionan.

Diego Puig expresa su opinión respecto a la utilidad de los talleres literarios, diciendo que eso depende del propósito de quién participa y de quien lo coordina, que, si se trata de ganar plata, siempre tiene utilidad. Si se trata de producir buena literatura, son necesaria la materia prima adecuada y mucho rigor y un alto nivel en cuanto a calidad o valor literario.

Tucumán, con una larga tradición en la existencia de talleres literarios, tuvo en su haber dos de los más conocidos en esta ciudad, un par de años atrás, dejando un precedente ineludible en la historia del funcionamiento de estos grupos. Uno de ellos, -con sedes en Capital y Yerba Buena-, coordinado por Mercedes Chenaut⁵, profesora en Letras. “Animarse a gritar”, tal el nombre del taller, emula el grito de aquellos que escriben y buscan su propia voz, en el supuesto de que “ser escritor” pueda desarrollarse ahí. En ese espacio nació y creció A Turucuto, publicación que alberga la letra de los concurrentes bajo la

⁴ Escritor y director de la Editorial Gerania Editora.

⁵ Mercedes Chenaut (1957-2020), coordinó un taller denominado “Animarse a gritar” y tuvo una destacada actuación en medios culturales y académicos, entre los cuales se destaca el espacio cultural de verano que dirigió en Tafí del Valle.

responsabilidad del escritor Carlos Sánchez y de la misma Mercedes. ¡Para ella, conducir y llevar adelante el timón del taller por más de 25 años! fue producto tanto de su experiencia como docente comprometida como de su talento como escritora. Por eso, semana a semana, numerosas personas concurrían a conocer los recursos, estrategias o formas del quehacer literario, o simplemente a leer, conocer textos o personalidades de las letras que eventualmente eran invitadas. Acorde a los tiempos, el taller se posesionó en Facebook con más de mil seguidores, en donde el público tiene acceso a las publicaciones del taller.

Similar camino recorrió el taller literario El Quijote, dirigido por Adolfo Nisman, quien sostenía en su momento que “lo que nos motiva es el amor por la literatura”. En efecto, los asistentes al taller decían que encontraban en esa comunidad un guía para los textos que se leían, que por lo general eran de autores ya consagrados. La historia de El Quijote se remonta a 20 años atrás, cuando Nisman, viviendo en Israel, convoca a personas de habla hispana para luego trasladarse a Tucumán alrededor de 2010. Hoy en día, su viuda, Cristina Nisman, se puso a la cabeza del taller para darle continuidad.

Para Fabián Soberón⁶ un taller es un ensayo, una condición de posibilidad para la creación colectiva e individual. La propuesta de Pentámetro Yámbrico, tal es el nombre del suyo, propone la lectura, el debate, la conversación y el análisis de textos de autores consagrados y también de textos de los asistentes al taller. El taller da un marco a diversas reflexiones sobre cine, música y arte, con el agregado de que las producciones fueron “*tomadas como cajas pleáticas de oficio, a partir de las cuales se podía aprender cómo se habían resuelto los problemas de composición, hechura y realización de las mismas*”. Se trata de poner en relación lo leído con lo escrito y darle a eso una

⁶ Escritor y crítico. Realizador cinematográfico y coordinador de taller literario. Es profesor en la Escuela de Cine y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT.

dimensión lúdica y estética; eje fundamental para crear en todo taller literario.

“El escribir es todo un oficio”. De esta manera, la poeta tucumana Susana Noé⁷ justifica su paso por diversos talleres literarios que para ella fueron fundamentales en su formación como escritora. Y se los debe a Natalia Zanotta, a Luis Acardi Lobo, a Inés Cortón, a Juan Angel Cabaleiro, escritores y coordinadores de talleres de escritura.

Considera que estamos en un momento de bonanza del funcionamiento de los talleres; por consiguiente, el de los espacios que los circundan, cursos y conversatorios de poesía y narrativa. Y que durante la pandemia creció la demanda de los talleres virtuales porque la gente buscó de ese modo dar continuidad a la actividad, generando un espacio que se prolongó en algunos casos hasta el día de hoy. La situación para estos espacios era bastante diferente en otras épocas, en donde primaba la idea de que el escribir no se enseñaba ni se aprendía, lo que daba lugar a debatir acerca de la utilidad o practicidad de los talleres. Sin embargo, la autora valoriza la existencia de los talleres porque en lo personal logró dar forma y nombre a su producción de “escribidora”, ya que ser participante le proporcionó los recursos, herramientas y estrategias necesarios para escribir. Entiende también que para muchos promueve la lectura organizada.

En opinión de Luis Acardi Lobo⁸, escritor tucumano y coordinador de los talleres Escritos en Lapachos y 40°, el taller literario es un escenario; es un espacio en el que uno puede explorar cómo su voz interna resuena en los demás. Es un escenario porque uno se expone, pero también alterna el rol de oyente y crítico. Dice que también puede definirse como una comunidad por la oportunidad de reunirse con gente afín, en un contexto apropiado para compartir la pasión por la escritura.

⁷ Poeta nacida en Salta que se instaló en Tucumán en la década de 1960; su última producción poética está contenida en el libro Sala de espera.

⁸ Abogado, escritor, promesa de la joven narrativa tucumana. Coordinador de talleres.

Cuando participamos de un taller, estamos dando un paso hacia adelante en el camino de escribir hacia afuera, como una transición hacia la escritura “en serio”. Se trata de llevar lo privado hacia el público, hacia la posibilidad de crítica, a la necesidad de desafiar a sí mismo y la resiliencia de aceptar la crítica.

Para Luis Acardi Lobo, los talleres literarios son útiles en la medida en que logren estimular la pulsión creadora en sus participantes; y también deben generar en cada encuentro la necesidad de escribir o corregir una pieza literaria. *“Si el taller es bueno, el participante podrá eventualmente desarrollar una capacidad de autocritica que le permita identificar posibles problemas en sus textos y sus adecuadas soluciones”.*

“En la comunidad literaria de nuestro Tucumán, los talleres literarios son muy importantes”, sostiene Teresa Lara⁹, narradora oral y tallerista formada como concurrente a varios de ellos; y que esa concurrencia le posibilitó escribir y también publicar. A su parecer, y tomando términos del fútbol, los talleres funcionan como un semillero informal donde las personas pueden descubrir sus talentos y capacidad inventiva para producir textos, sean estos de poesía, narrativa, ensayos u otros. Desde esa perspectiva, *“Los talleres nos muestran la capacidad literaria de una comunidad. Y Tucumán tiene bastante”*.

Ya sea como ensayo, ya sea como escenario, como oficio o como propulsores de las renovaciones literarias, -al decir de estos autores- los talleres se constituyen en un verdadero fenómeno cultural, en cualquier lugar en que existan; y hoy en día es posible hablar de globalización de las letras, ya que estos, virtuales o no, posibilitan el contacto entre escritores y aspirantes a serlo, con el denominador común de ser amantes de la literatura.

⁹ Narradora oral y tallerista de varios talleres literarios.

BIBLIOGRAFÍA

Cross, E. (2022). *La mujer que escribió Frankenstein*. Argentina: Ediciones Minúscula.

Williams, R. (2021). *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.